

# LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 321.—15 de Julio de 1883.

*Dios es caridad, (San Juan,  
Epist. I, 4, 8.)*

---

## EN NOMBRE DE LOS POBRES.

---

D. P. A. y \*\*\*.—Recibidos, y muy agradecidos, como siempre, los 20 y 40 reales de sus respectivas limosnas mensuales,

---

## ¿DÓNDE ESTAMOS, Y QUÉ SOMOS?

---

«..... carecen los asilados en los Establecimientos benéficos de ropas con que cubrir sus carnes, y no de alimentación, gracias á la complacencia de los contratistas de artículos de primera necesidad, y se hallan sin curar en el hospital los enfermos de cirujía por carencia de hilas, de trapos y de recursos para adquirirlos.....»

\*\*\*

«..... existe un Asilo para los niños huérfanos y abandonados; pero puede juzgarse de la situación del mismo sabiendo que los asilados tienen que acostarse sin cenar. Al hambre se junta el olvido de los preceptos higiénicos, por falta de recursos, y los niños no se bañan ni salen del Establecimiento hace dos años por carecer de calzado y de ropa, y allí, encerrados, sin trajes ni alimentos, reducidos al techo que les presta la caridad, padecen numerosas enfermedades y hasta se han presentado casos de sarna por no remudarse la paja de los jergones.

»Y para que la responsabilidad del Cuerpo provincial sea mayor, debemos añadir que en tanto abandona así á los infelices acogidos, alegando la falta de recursos para mejorar



»la situacion de los mismos, gasta 9.000 duros en la impresion de listas para las elecciones provinciales, pagando rumbosamente á razon de 15 duros pliego, y se gasta 1.000.000 en alquilar y arreglar la casa Audiencia.

»Pero si las dependencias del Cuerpo provincial se hallan desatendidas, las del Municipio no están mejor cuidadas: en el Hospital no se mudan las camas; para la Beneficencia domiciliaria no hay medicinas, aunque sí 28 médicos en los distritos, y el abandono en que se encuentra el vecindario, ha podido contribuir á que la viruela y el tífus se presenten en condiciones alarmantes.....»

¿Dónde sucederán todas estas cosas? Sin duda en el interior del Africa, ó entre las tribus que no han tomado de la civilizacion más que el aguardiente y la pólvora; ó allá en el extremo Oriente, en pueblos cuya civilizacion decrepita, religion poco humana y fecundidad lamentable, llevan periódicamente la miseria y la desolacion á los campos cubiertos de hombres y mujeres que el hambre devora, de enfermos que nadie auxilia, y de niños abandonados que lloran, lloran, lloran, hasta que seca sus lágrimas la mano de la muerte. Allí acontecerán todas esas desventuras, y aún con la propension á sentir poco los que están muy lejos, todavía conmueven el ánimo hondamente: ¡tan grandes son y dignas de lástima!

¡Ay! Llorémoslas como próximas y tocándolas muy de cerca, porque entre nosotros están esos míseros cuyas llagas no se pueden curar por falta de medios, esas criaturas que no podrán dormir el sueño de la inocencia, desolados por el hambre y por las enfermedades, reclusos de la miseria que los condena á prolongada prision.

Señor Director del *encierro* que llaman *Asilo*, tenga V. un arranque digno de hombre de corazon y de conciencia; salga usted en medio del dia y por los parajes más públicos con esos niños hambrientos, haraposos y desnudos; páselos V. por la ciudad; que Málaga los vea y se estremezca y se abochorne; sí, que los vea, porque no se comprende que viéndolos, no se impresionen sus hombres y no lloren sus mujeres. Sáquelos V. de esa cárcel, para que se sepa, para que sepan todos, cómo están en ella, porque no es posible que, sabiéndolo los hombres que tienen conciencia, y las madres



que tienen hijos, y cualquiera que tenga entrañas, dejen de conmoverse ante las lágrimas de esos inocentes, que caerán como una maldición sobre el pueblo que no las enjuga. Sáquelos V. y llévelos por las casas de los individuos de la Corporacion que así los tiene, y párelos delante del lujoso local donde se administra justicia, no á pedirla, sino para que tal vez algun juez se aproxime á ella, al juzgar á los hombres que de niños fueron tratados como esos huérfanos, y pudieron sobrevivir á tanta crueldad. Sáquelos V., porque escrito está *que el escándalo es á veces necesario y que ¡ay! de aquel por quien viene*, y no tema darle, porque los mejores dirán que mereció V. bien de los que sufren y de los que padecen, y el pueblo volverá en sí y hará lo que debe; no ha de querer que la que se llamó hasta aquí *Málaga la bella*, de hoy en adelante se llame *Málaga la cruel*.

Y tú, Cádiz, de quien dicen tanto bien los viajeros. Tú, á quien llaman *taza de plata y cuna de la libertad*, ¿cómo haces apurar á tus afligidos el cáliz de amargura hasta las heces y eres cruel como un tirano? ¿Ignoras acaso lo que pasa en tus Establecimientos, que por equivocacion ó por burla llamas benéficos? No puedes ignorarlo; tu Gobernador lo ha dicho de oficio y lo ha publicado. Como las sirenas de ese mar que te rodea, ¿no tendrán tus mujeres más belleza que la física, y amarán á los hombres sin conciencia, y criarán hijos sin corazon? No puede ser: es sin duda un mal momento de tu vida; que no se prolongue, porque si se prolongase, dirian ¡oh vergüenza! que tus desvalidos no se morian de hambre, porque los *contratistas* tenian más caridad que tienes, y compararian á la de las mujeres livianas tu pulcritud, que cubre de blanquísima ropa las azoteas y niega un trapo para limpiar la podredumbre de las llagas. Llévalas limpios vendajes y lávalas con lágrimas de arrepentimiento.

CONCEPCION ARENAL.

---

## LA CARIDAD DE LA MUJER.

---

Entre las personas pensadoras que se ocupan del presente y del porvenir de las mujeres, hay dos tendencias ó escuelas:



la una quiere á la mujer encerrada en su casa, siendo el centro vivificante del hogar doméstico, dejando al hombre los cuidados y afanes de la vida exterior, y reservándose tan sólo los del santuario de la familia. La otra tendencia, sin negar las ventajas de esa posición modesta, aspira á que la mujer la tenga más importante y activa, pues reconociéndole una fuerza poderosa de influencia, quiere que la emplee útilmente en la marcha de las cuestiones sociales.

No pretendemos terciar en esa contienda de opiniones; pero sí queremos consignar que los partidarios de una y otra están conformes en un punto como indudable, y es que en materias de caridad no puede disputarse á la mujer una mayor aptitud natural, un entusiasmo más puro y una abnegación más sublime, porque es preciso confesar que, en principio general y salvas excepciones que no hacen más que confirmar la regla, la mujer vale más que el hombre bajo el punto de vista de la ternura y de los sentimientos compasivos.

Mientras nosotros pensamos, ellas sienten; mientras nosotros discutimos, ellas obran. En el hombre suele predominar la razón fría y el estudio concienzudo; en la mujer sobresalen los impulsos del corazón como instinto y como sentimiento. La mujer que de niña ama á sus padres, de jóven á su marido, y de madre á sus hijos, no puede ménos de amar á los pobres y á los desgraciados en todas las situaciones de la vida.

Las Hermanas de la Caridad, las Hermanitas de los Pobres, las Hermanas de la Cruz, las de la Esperanza, las Conferencias de San Vicente de Paul, la multitud de otras Asociaciones benéficas compuestas de mujeres, nos están revelando que la mujer frívola es la excepción, y la mujer caritativa es la regla general. Podrán la vanidad, el afán de placeres y los mismos hábitos frívolos de una educación abandonada adormecer las tendencias compasivas en los corazones femeniles; pero si se sabe interesarlos oportunamente, ellos darán hermosos resultados para el bienestar de las clases pobres.

Parécenos, pues, que la sociedad y los Gobiernos que la dirigen, atendiendo cuidadosamente sus palpitaciones, debie-



ran ocuparse algo de esto, utilizarlo, fomentarlo y protegerlo con demostraciones de aprecio público y oficial.

Verdad es que la caridad cristiana obra principalmente por consejos y por impulsos sublimes de la fé religiosa, y que por lo tanto no necesita ni pretende la aprobacion mundana, llegando á veces hasta á temerla por el recelo de que empañe su desinteresada pureza; pero como, despues de todo, esa caridad se ha de ejercitar en la realidad prosáica del mundo, y no ha de quedar en las regiones del idealismo, es justo, natural y conveniente que la sociedad acuda con la publicidad de su aprecio á enaltecer virtudes de que tanto bien reporta, sin pretender tampoco traducirlos en verdaderos premios, cual se dan al guerrero por su valor, al sábio por sus estudios y al artista por sus obras de inspiracion sublime.

En España tenemos la *Orden civil de Beneficencia*, destinada á reconocer, consignar y apreciar los servicios de carácter benéfico, y en el artículo 1.º del decreto orgánico de la misma se establece que es aplicable á las personas de los dos sexos; pero de esto se ha hecho hasta ahora poco uso, y son escasísimas las mujeres condecoradas con la cruz de dicha Orden, cuando tantas hay que lo merecen.

Conocidos y no lejanos son tambien los servicios de la *Cruz roja española* para el socorro de los heridos, en los cuales tomaron parte muy activa las señoras de nuestro país, sin haber tenido pública demostracion de un aprecio tan merecido, habiendo habido entre esos servicios alguno tan heroico, como el de ir á los hospitales de campaña en la última guerra carlista, para organizar, asistir, enseñar, consolar y sentir y difundir caridad la más acendrada y penosa. Quien haya leído los primeros tomos de nuestra ya vieja revista, comprenderá á lo que aludimos y por qué no lo puntualizamos con más detalle.

En Francia, la *Legion de Honor* se concede tambien á las mujeres que la merecen por sus eminentes servicios caritativos. Esa Legion, que ha resistido á la corrupcion de las costumbres y á las convulsiones de la política, es allí respetada notablemente por todos. Nosotros presenciarnos hace años una escena sencilla, pero elocuente, como prueba de ese



respeto. Por la calle de una ciudad del Norte de Francia iban dos soldados algo beodos ó mucho bulliciosos, jugueteando con escándalo y con cantos y palabras censurables. De repente los vimos contenerse, callar, cuadrarse y llevar la mano al kepis. Creimos al pronto que venia algun jefe, pero no era sino una pareja de modestas Hermanas de la Caridad, á quienes los soldados hicieron respetuoso saludo al ver en su pecho el distintivo de la Legion de Honor, adquirido quizás socorriendo heridos en los campos de batalla de Magenta ó de Sebastopol.

En Inglaterra se ha hecho recientemente algo semejante por iniciativa personal de su anciana reina Victoria. Se ha creado una nueva órden y condecoracion para las mujeres de todas clases que se distinguan de una manera notable en cuidar y asistir á los marinos y á los soldados. Esta creacion ha sido perfectamente recibida en el país. La condecoracion consiste en una cruz de esmalte rojo con orla dorada y el lema de *Fé, Esperanza, Caridad*. Al reverso tiene la efigie de la reina y las armas de Inglaterra.

Algo de este género ó de mayor extension convendrá establecer ó fomentar en España. El pueblo, que es quien más recibe los beneficios de la caridad, veria con cariñoso respeto una simple cinta que representase en la mujer la justificacion de servicios caritativos; la aficion á ellos cundiria con el ejemplo, y fuera grato admirar en el pecho de una dama la cinta de la caridad, así como hoy admiramos la flor que pasa pronto, ó la joya que nada representa más que un lujo estéril.

Base de esto pudiera ser nuestra *Orden civil de Beneficencia*, extendida, modificada y enaltecida; lo serian tambien esas Conferencias, Juntas y Asociaciones que se ocupan de hacer el bien, pero que lo hacen en la oscuridad, cual si fueran sociedades secretas, y que convendrá mucho ensalzar cual se merecen, sin herir tampoco de frente la modestia, pero dándolas á conocer con un distintivo del mérito, no de la vanidad. Ya que hemos otorgado á la mujer el cetro frívolo de la moda, buena compensacion seria que de sus manos nos viniese el reinado de la caridad trabajadora y activa.



Cierto es que en estas materias en que se rozan las costumbres, la opinion pública puede casi más que la ley, porque la primera es quien hace aceptable y fecundo el precepto autoritario. Cierto es tambien que esa opinion no se improvisa con una simple excitacion, aun siendo autorizada, como está muy lejos de serlo esta por ser nuestra, pero todos podemos contribuir en más ó en ménos á que esa opinion se forme y se imponga; y cuando este caso llegue, veremos ó verán nuestros hijos, más honrada y estimada de lo que hoy lo está la masa de importantes servicios de beneficencia que brota del corazon y de la mano de las mujeres españolas.

ANTONIO GUEROLA.

---

### IMITEMOS A LOS NORUEGOS.

---

¡La Noruega! ¡Qué poco nos ocupamos los meridionales de aquel país escandinavo, lejano, frio, y al que la ignorancia popular suele presentarnos como un pueblo casi salvaje, ocupado solo en la pesca de la ballena!

Hay, sin embargo, en esto un desconocimiento censurable y un juicio completamente erróneo.

Suecia y Noruega nos ofrecen progresos de civilizacion y de moralidad muy dignos de ser conocidos y de ser imitados. Fijémonos hoy en uno solo; la disminucion de la embriaguez y del abuso de las bebidas alcohólicas; y aunque sea vicio y abuso que se vé en ricos y en pobres, considerémoslo tan solo con relacion á las clases trabajadoras y pobres, porque en ellas son mayores sus estragos.

A primera vista y al ocuparnos de esta materia, nos encontramos con una máxima y con una preocupacion muy difundidas. La máxima es que el trabajador necesita el vino y aun el aguardiente para reparar las fuerzas que pierde en el trabajo material: la preocupacion consiste en que el pobre tiene penas sin goces y le conviene olvidar aquellas con los vapores del vino y procurarse algo de placer, aunque sea á costa de un embrutecimiento transitorio.



En lo primero hay algo de verdad, mientras el uso no degenera en abuso: lo segundo es una perfecta insensatez; una especie de lento suicidio moral, absurdo como lo es todo suicidio. Para soportar las amarguras de la vida lo primero que se necesita es razón clara y serena que pueda apreciarlas y disponerse á combatirlas, y con la embriaguez se pierde la razón. En cuanto á los goces, no puede haberlos donde no hay sentimientos delicados para sentir sus influencias, y mal podremos hallar tales sentimientos en quien los pierde todos con la embriaguez.

Aunque esto es evidente, está por desgracia muy generalizado el abuso del vino y de los licores. Grandes crímenes, pérdidas de fortuna y de honra, situaciones dolorosas de familia, desgracias complejas que abaten el espíritu más fuerte, dependen á veces de algunas botellas ó copas más de las que pueden beberse impunemente, y que bastan á quitar al hombre lo que más le distingue de los brutos: la razón.

Nuestro Código penal incluye la embriaguez entre las circunstancias atenuantes de la responsabilidad criminal (artículo 9.º), si bien con la restricción de que esa embriaguez no sea habitual. Respetando la sabiduría de los legisladores que hicieron el Código y de los eminentes jurisconsultos que trabajan en el día su reforma, parécenos que la merecía esta disposición del art. 9.º. Ciertamente es que el que se halla embriagado tiene cierta inconsciencia de sus actos, pero como es un estado anormal en que voluntariamente ha caído, suya é íntegra debía ser la responsabilidad de lo que hiciere por esa misma inconsciencia. El que hiere ó mata á otro sin querer hacerlo por tener los ojos vendados, responsable será de las consecuencias, si se puso espontáneamente esa venda, que sabía le quitaba la facultad de manejarse sin dañar.

Corregir, pues, este vicio es una aspiración honrosa y laudable, y el conseguirlo no es difícil. Basta solo una resolución firme y una perseverancia para cumplirla. Hasta el amor propio viene en su ayuda: el beodo es objeto de ludibrio y de escarnio; esto hiere á la dignidad humana y á nadie puede gustar el verla afectada de ese modo en su persona. Es ade-



más un vicio caro, y esta consideracion tampoco es desatendible en las clases que viven de escasos recursos.

Así lo han comprendido en algunos países extranjeros, donde la embriaguez se combate provechosamente por medio de las Sociedades de templanza. En ellas el ingreso es naturalmente voluntario y abierto á todo el mundo, con la única condicion de que el aspirante se obligue, bajo su palabra de honor y por escrito, á abstenerse de todo abuso de bebidas alcohólicas. Las Sociedades reparten además folletos, hojas sueltas y buenos consejos, en lenguaje sencillo y convincente para los entendimientos rudos y poco ilustrados.

La influencia de tales Sociedades se deja sentir en todos los actos de la vida. Con la templanza se consiguen resultados ventajosos á que á veces no alcanza la accion severa de las leyes represivas: con ella se vigoriza el cuerpo, se despierta la energía moral, se economiza dinero y se constituye un grande elemento para la paz de las familias. Bien lo conocen y lo atestiguan las pobres mujeres, primeras víctimas y mártires de la embriaguez de sus maridos, y por eso son ellas las propagandistas más fervorosas para el ingreso en las Sociedades indicadas.

Dos países se han distinguido, entre otros, sobre este utilísimo progreso, y son Inglaterra y Noruega.

La gran Sociedad de templanza de Inglaterra (conocida vulgarmente por la de las *cintas azules*, por el distintivo que usan sus individuos) cuenta en el dia con 680.968 asociados, que vienen á representar una dozava parte de la poblacion, en medio de la cual ejerce su saludable influencia; siendo muy digno de notarse que en tan gran número de personas el número de los que faltan á su compromiso de templanza es insignificante.

Pero donde las Sociedades de templanza han tomado más desarrollo y producido mayores resultados, es en Noruega. Allí, cuarenta años atrás, el abuso de las bebidas alcohólicas habia tomado la extension y la intensidad de una verdadera calamidad pública. Sólo el consumo del aguardiente se elevaba anualmente á la proporcion de 16 litros por habitante. Para contrarrestar este vicio, habian sido inútiles las leyes y



disposiciones más severas contra los vendedores y consumidores, y entonces surgió entre algunos hombres filantrópicos la idea feliz de organizar Sociedades de templanza, á imitación de las de Inglaterra. Con ellas se formó una especie de cruzada fervorosa contra la embriaguez; pero con tal entusiasmo, que durante mucho tiempo fué esto lo que más ocupaba y preocupaba la atención de los sesudos escandinavos.

Los resultados provechosos no se hicieron esperar y continúan siendo sorprendentes, pues según se demuestra en un informe del Dr. Brock, antiguo ministro de Estado de Noruega, aquella proporción de 16 litros por habitante bajó en 10 años á 10 litros, y en el día está reducida á 5.

Llega á tal punto en aquel país el buen efecto de estos hábitos de templanza, que las empresas de seguros marítimos han rebajado sus tarifas, por ser mucho menor de lo que antes era el peligro de siniestros ocasionados por la embriaguez de las tripulaciones.

Mucho convendría que en España siguiésemos este ejemplo recomendable. Cierto es que los malos hábitos sobre este punto están aquí muy arraigados; que hay muchas tabernas abiertas día y noche á la tentación del bebedor; que hay pocas escuelas y que se gasta para beber, aunque se economice para comer; pero lo mismo sucedía en Noruega, y no ha de ser imposible entre nosotros una reforma que allí se realizó fácilmente.

Para conseguirlo pueden poco los mandatos restrictivos de la autoridad (1); pero pueden mucho las buenas costumbres y la ilustración del pueblo. El día en que el obrero tenga hogar higiénico y agradable donde estar en familia, escuela nocturna donde aprender lo que necesita, ejercicios de recreo lícito y sensatas y oportunas pláticas de religión y

(1) Recordamos con este motivo un bando curioso que hace muchos años publicó el inolvidable D. Melchor Ordoñez, modelo de buenos gobernadores de provincia. Viendo contrariadas ó eludidas sus órdenes para que las tabernas se cerrasen á las diez de la noche, publicó un bando diciendo que desde esa hora los que entrasen en una taberna quedaban exentos de pagar lo que bebiesen. Este fué el medio más eficaz para que los taberneros cerrasen sus establecimientos pocos minutos antes de dar las diez. Convengamos, sin embargo, en que ese ingenioso precepto no podría generalizarse ni sostenerse en una seria impugnación legal.



de moral, ese día la taberna irá decayendo y dejando de ser funesta reunión de bebedores viciosos, para quedar reducida á un establecimiento de comercio, útil para la vida cuando se usa con moderación.

Si en España surgieran personas de buen deseo, que se constituyeran en fundadores y propagandistas de esas útiles sociedades de templanza, tendrían buenos modelos á que atenerse, sin más que imitar á los noruegos.

ANTONIO GUEROLA.

---

## UN BUEN EJEMPLO.

---

Ha fallecido recientemente en Sevilla el opulento Don Carlos Pickman, marqués de Pickman, fundador de la gran fábrica de loza conocida vulgarmente por la *Cartuja*, porque éste fué en tiempos lejanos el primitivo destino del edificio.

Era hombre notable este opulento industrial, y lo era, y lo es también, su establecimiento.

El Sr. Pickman, de origen inglés, pero establecido desde su juventud en España, llevó siempre una vida de incesante laboriosidad, hasta dejar fundada una fábrica en la cual se da trabajo y hallan cómoda subsistencia 700 operarios, todos con jornales suficientes, habiendo muchos que llegan hasta el de 40 reales diarios.

Era además el Sr. Pickman un buen patricio, un excelente amigo y una persona constantemente inclinada al bien. Cuando Sevilla tenía necesidades públicas ó sufría alguna calamidad, el marqués de Pickman ponía siempre su persona y su bolsillo, con generosidad ejemplar, á disposición de las autoridades, para contribuir á su remedio.

Estas mismas cualidades se reflejaban en su trato con los operarios, los cuales le llamaban su padre, porque era realmente su amparo. Allí, en aquella acumulación de 700 obreros, no se han conocido quejas, huelgas amenazadoras, desórdenes ni ninguna de esas convulsiones que suelen agitar los grandes centros fabriles.



Nosotros presenciarnos, en el discurso de pocos años, dos incendios casuales en la gran fábrica de la Cartuja, y era un espectáculo conmovedor el ver cómo los mismos operarios de ella se lanzaban espontáneamente, con el mayor arrojo, entre llamas y ruinas, para cortar el fuego ó salvar algo, cual si cada uno fuera el dueño único de lo que estaba ardiendo.

Los hijos del Sr. Pickman, dignos herederos de sus cualidades y de sus virtudes, han querido honrar la memoria de su padre del modo que pudiera haber sido á éste más grato. Al efecto, han dado á todos los operarios el importe de una semana de trabajo, ó sean seis jornales, para que tengan este recuerdo del fundador. Con lágrimas de gratitud y de enterneamiento recibieron los obreros este donativo, bendiciendo la memoria del padre y la generosidad de los hijos.

Si hubiera muchas fábricas como la de Pickman, no serían tan fáciles y frecuentes esos trastornos que alteran la vida normal del trabajo. Lazos de protección benévola en los fabricantes y de gratitud en los operarios, satisfacción y bienestar de unos y otros, hé aquí el bello ideal de lo que debe desearse en los grandes establecimientos industriales, y de ello da un hermoso ejemplo la fábrica de Pickman.

ANTONIO GUEROLA.

---

## LA HERMANA DE LA CARIDAD.

---

### I.

Dios tiene en la tierra mensajeros de su providencia.

Esos mensajeros son criaturas sublimes que el mundo admira, respeta y bendice; criaturas que forman la transición del reino de la materia, á la patria feliz de los espíritus.

¿Quereis saber el origen y prosapia de esas afortunadas criaturas?

Son hijas del cielo.

Y madres de los desvalidos.

Y HERMANAS DE LA CARIDAD.



Viven en todos los países en donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir. Y las lágrimas son rocío que fecunda toda la tierra; y los males son herencia de que participa toda la humanidad.

Por eso la santa vestidura de esos ángeles del amor, flota lo mismo en las regiones del polo que en las abrasadas llanuras del Ecuador; en el campo de batalla, es la enseña gloriosa de la misericordia; en los pueblos es el emblema de la ternura y la beneficencia.

Se han sucedido en el globo horribles cataclismos, entre cuyas ruinas perecieron instituciones venerandas; hace un siglo que el soplo de la revolución tiene como envenenada la atmósfera en que se agita la sociedad.

Pero sobre las ruinas que amontonaron los cataclismos, sobre el torrente desbordado de las revoluciones, ha prevalecido incólume esa raza de heroínas, magnífico monumento del catolicismo, prodigio perenne de la caridad.

Solamente á la caridad cristiana era posible obrar tales prodigios.

La filantropía que encarecen los filósofos, ama en el hombre al hombre; la caridad, y por lo tanto sus *hermanas*, aman en el hombre á Jesucristo, y en la figura del mendigo, del huérfano y del enfermo, ven con los ojos de la virtud la sacrosanta figura del Salvador.

La filantropía suele dar lo que le sobra; la caridad suele dar lo que no tiene; la caridad parece que renueva diariamente el milagro de los panes y los peces.

La filantropía se compadece de las desdichas que vé ú oye; los ojos y los oídos son sus mensajeros: la caridad se compadece de las desdichas sin verlas ni oirlas; las siente en el fondo del corazón.

La filantropía remedia los males y consuela las aflicciones que le salen al encuentro; la caridad busca los males para remediarlos y las aflicciones para consolarlas.

La filantropía suele residir en los grandes palacios; la caridad vive en los hospitales y en los asilos. Allí viven también sus *hermanas*.

Allí, junto al lecho del moribundo, ó junto á la cama del



recien nacido, bosquéjase la figura de una mujer, cuya existencia está consagrada al bien de sus semejantes.

Su rostro apacible y sereno, como su corazón, muestra las huellas del insomnio y de la austeridad.

Cuando en las horas lentas del padecer apenas hay para el mísero mortal un rayo de esperanza, aparece á sus ojos la heroica hermana de la caridad, de cuyos lábios brotan palabras de resignacion y de consuelo.

Cuando la mano de una madre mónstruo deja caer sobre la cuna de la pública caridad el fruto de sus entrañas, la mano de otra madre más tierna lo recoge y lo acaricia, y cuida de su asistencia y le enseña más tarde á perdonar, á orar y á ser feliz.

## II.

La caridad no tiene patria.

Tampoco la tienen sus hermanas.

La caridad salva la distancia y atraviesa los mares, si en remotas tierras ó al otro lado de los mares hay lágrimas que enjugar y penas que compartir.

Y sus hermanas salvan asimismo las distancias y cruzan el Océano en busca de los pobres y los afligidos.

Donde quiera que el sol deja sentir su influencia, donde quiera que alienten seres racionales, allí se llora, allí está la caridad, allí viven sus hermanas.

Prodigios de ternura y de amor santo, su paso por la tierra semeja el de un astro que ilumina sin quemar, el de una ráfaga que purifica sin destruir, el de un arroyo que fecunda sin inundar.

No hay en la tierra premios para sus beneficios, ni corona para su heroismo.

Su premio y su corona están más altos.

Solamente en el corazón de una mujer puede esconderse tal tesoro de caridad y sentimiento.

Ella, que está organizada para compadecerse y para sentir, es la única que puede menospreciar las grandezas y los aplausos, los triunfos de la hermosura y los halagos de la opulencia, para ocultarse en el fondo sombrío de un hospi-



tal, como perla de valor inapreciable en el fondo de una concha.

Ella, que ha nacido para amar, y para amar puramente, por más que el hombre llene de asechanzas su camino; ella, que cuando esposa y cuando madre dulcifica las horas de la vida en el hogar tranquilo de la familia, cuando madre y hermana de todos los que padecen dulcifica y atenúa los infortunios en el recinto de la gran familia, en el seno de la sociedad.

Si la idea de madre de familia hace inconcebible y absurdo el ateísmo, la idea de la hermana de la caridad hace absurdo é inconcebible el excepticismo.

Toda la arrogancia de los *espíritus fuertes* se confunde ante el pobre sayal de una mujer que se sacrifica heroicamente en bien de la humanidad.

Los guerreros y conquistadores producen el llanto y llenan los hospitales, y una mujer piadosa enjuga el llanto y cura las heridas.

Esos guerreros tienen más fuerza. Esa mujer tiene más corazón.

Los que denigran por sistema al sexo que llaman débil; los que se burlan ridículamente de todas las mujeres, devolviendo quizá á todas la ofensa que una les hizo, que se acuerden de su propia madre; y si no han tenido la dicha de conocerla, que se acuerden de esas criaturas sublimes que son madres de todos los desgraciados y hermanas de la caridad.

Cuando en época muy reciente la guerra ensangrentaba nuestras campiñas, ya lo hemos dicho, el santo ropaje de esas mujeres ondeaba en todas partes como la enseña del bien, como la bandera santa de la ternura y de la caridad cristiana.

En los días del contagio y del conflicto, esas mujeres infatigables se multiplican, y aparecen como ángeles de consuelo, en medio de la humanidad afligida y desolada.

Por eso las bendice la humanidad.

L. H.



## Trabajos de los ciegos.

En Dinamarca, en Holanda y en Inglaterra no se encuentra un ciego menesteroso, y la última vende todos los años un millon ochocientos mil francos, producto de los objetos fabricados por los ciegos.

En gran parte de América también está organizado el trabajo de los ciegos, y últimamente acaba de crearse en Francia una Sociedad con el mismo benéfico fin.

Esta Sociedad ha fundado en la calle Casfroi, no un Asilo, sino una Escuela profesional de aprendizaje y de trabajo, donde el ciego va por la mañana, trabaja, almuerza, y al anocheecer se va como cualquier otro trabajador.

Estos obreros hacen cepillos, componen sillas, todas las sillas de paja y junco de los jardines de Luxemburgo y de las Tullerías las componen ellos; son también torneros y hacen alfombras.

Nada tan curioso como el espectáculo de estos trabajos. Son ejecutados con una rapidez maravillosa.

Un gran número de señoras que pertenecen á esta Sociedad de talleres de ciegos, han tenido idea de establecer una sucursal de dicha Escuela profesional en el pabellon chino de la entrada del Bosque de Bolonia, donde se los ve trabajar todos los días ménos los domingos, bajo la direccion de un capataz, ciego como los demás.

Se encuentra allí un tornero que jamás se ha herido con la afilada herramienta que se emplea para esta clase de trabajos, mientras que la generalidad de los obreros que tienen sus dos ojos se lastiman los dedos al manejarlas.